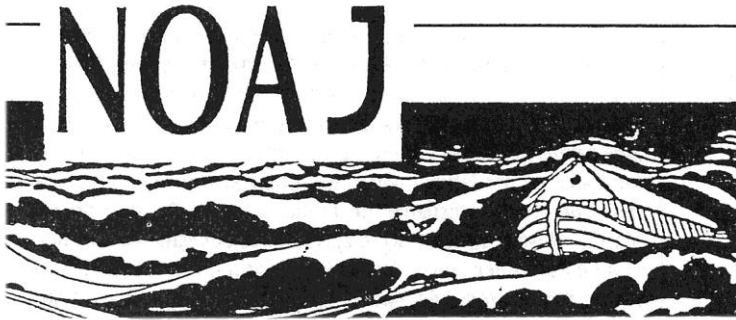




Año III, N°. 3-4, mayo de 1989

Berman, Sabina. Impresiones del primer viaje a Israel. pp. 54-58

Sabina
Berman

TESTIMONIO

Impresiones del primer viaje a Israel

*Fragmentos de un texto escrito luego de su participación en el Cuarto
Encuentro de Escritores Judíos Latinoamericanos en Israel en 1988.*

*Dramaturga y poeta mexicana, autora de numerosas obras de teatro, entre
ellas Yanki Bill, Rompecabezas, Herejía, Aguila o Sol, Esta no es una obra
de teatro, Un actor se repara. Ha obtenido cuatro premios nacionales de
teatro. Poesía: Poemas de agua.*

Este hombre de barbas grises silabea una plegaria milenaria mientras mece el torso hacia adelante, hacia atrás, como los otros doce hombres que rezan con él en el pasillo posterior del avión, un poco girados hacia la derecha, hacia donde calculan se encuentra la Ciudad Santa, Jerusalem.

En las ventanillas brilla el naranja del amanecer. La mayoría de los pasajeros duermen en los asientos. El avión da un tumbao, otro: atravesamos una zona de turbulencia. Mi mano aprieta el brazo del asiento. Qué bueno es ver, al fondo del avión, a los que siguen rezando...

Por el sistema de sonido la voz del capitán anuncia que el aeropuerto de Amsterdam ha sido cerrado por el mal tiempo. Intentaremos un aterrizaje en el aeropuerto de Colonia. El avión vira lentamente hacia el oriente, y los hombres que rezan se mueven apenas hacia la izquierda, según les indica el que al frente hace las funciones de brújula, para no perder su Norte, Jerusalem.

* * *

Subo por la cuesta del monte hacia el Muro de los Lamentos, el único muro de la Casa del Señor que perdonó hace diecinueve siglos el incendio. Subo bañada por la lluvia, recitando a Miqueas:

Acontecerá al final de los tiempos / que el monte de la Casa del Señor / (por el que asciendo ahora ensopada y feliz) / será fijado como la cabeza de los montes / y acudirán las naciones y dirán (y yo digo ahora): / ¡Venid, subamos al monte del Señor! (¡Venid, subamos!, repito, y el ruido de la lluvia es un inmenso aplauso a lo dicho.) Porque de Sión saldrá la ley / y de Jerusalem

Testimonio

la palabra del Señor... / De las espadas forjarán azadones... / No alzaré la espada pueblo contra pueblo / ni se adiestrarán más para la guerra...

Sigue lloviendo. Y el instante se desnuda: cualquiera de nosotros es cualquier judío, desde que existen judíos hasta que existan; cualquier judío que llega a este muro, es como si llegara a un lugar profundo de su corazón humano. Y lo toca con las puntas de los dedos. Y tal vez lo besa. O agrega una oración de alabanza. O formula un deseo.

Entonces, doblando una esquina, aparece corriendo un muchacho árabe; rápido como un conejo cruza frente a mí y se precipita calle abajo. En la misma esquina, también corriendo, aparece un soldado israelí, la metralleta en ristre, grita algo, se lanza calle abajo. Me detengo para mirarlos perderse tras el velo de la lluvia.

Me detengo para esperar que del fondo de la lluvia algo estalle, suene un disparo, algo.

No recito más, no pienso en nada, de pie bajo la lluvia, sin ánimo de seguir el ascenso por el monte, descorazonada.

Qué ajeno, qué distante parece el tiempo idílico, fácil y generoso, que previó el profeta.

Qué absurda, qué ingenua, sigo detenida bajo la lluvia. Agraciándole que borre por un rato al mundo, que a mí misma me borre.

* * *

A.B. Iehoshúa nos habla en un salón del Ayuntamiento de
Impresiones del primer viaje a Israel

Haifa. Este escritor prestigioso y popular habla con la cabeza baja, mirando a cada rato con el rabillo del ojo hacia sus escuchas de la derecha, luego hacia los de la izquierda. Pero su voz no refleja el nerviosismo de sus ojos. Alta y enfática, nos acusa de ingenuos. Ustedes son medio-judíos, nos dice. El único judío completo es el israelí.

Este resentimiento contra el judío de la Diáspora nos será lanzado una y otra vez. O como aquí se expresa: la impaciencia porque el judío de la Diáspora tome conciencia de su condición.

Con un desdén notable por la historia del pueblo judío, en la que Israel a veces fue el corazón del judaísmo, a veces no existió y a veces fue uno entre varios imanes poderosos, se nos dice de mil formas y en todos los tonos que perdemos el tiempo de nuestras vidas en la Diáspora.

Con la cabeza baja, tal vez por esquivar mejor los 4000 años de historia judía que lo contradicen, A.B. Iehoshúa insiste en esa idea que parece ser el ídolo de su devoción: Fuera de Israel no hay judíos.

* * *

Viajamos por la región de Rejovot. Junto al chofer del autobús,

**Cualquier judío que llega
a este muro, es como si llegara
a un lugar profundo
de su corazón humano.**

micrófono en mano, el doctor Liba (nuestro guía en todo el viaje) nos cuenta de cómo el paisaje verde, tupido de cultivos y huertos, era hace cuarenta años pedregal y tierra árida. Molimos las piedras, desviamos hacia aquí los ríos, lavamos la tierra, inventamos formas de sembrar y recolectar, dice. Y cuando emplea la primera persona del plural, no es retórico. Aquí estuvo él haciendo todo eso, fundador de establecimientos agrícolas, dirigente de pioneros.

Habla rápido y sin énfasis. Trabajábamos de sol a sol, con las armas al alcance de la mano. Apenas había qué comer. Tova (su esposa) era la encargada de cuidar a las gallinas, y como en un período sólo servían medio huevo para la cena, la acusaban de que alimentaba a las gallinas con navajas de afeitar.

Habla, como dije, sin gran sentimiento. A nosotros nos toca darnos cuenta del tamaño de la hazaña que implicó el verdor de la región, lo numeroso de los establos, la tersura de las carreteras. Y el tamaño de la revolución en la trayectoria de un pueblo durante dos mil años sin territorialidad fija, siempre entregado a trabajos alejados de la tierra.

Luego de haber molido piedras, de lavar el suelo arenoso, cuarenta años luego, el doctor Liba nos guía por un país verde y próspero.

* * *

En este poblado árabe ex-jordano, ahora dentro de los límites de Israel, uno ni siquiera se imagina que hay columpios para los niños. Sin embargo los hay, me dicen. Me lo dicen con la extrañeza

de que pregunte por esas cosas. Pero por qué más puedo preguntar, si a mí las cifras estadísticas y los discursos de los políticos se me resuelven en una neblina mental. Me han dicho que hay columpios; durante el rápido recorrido por autobús, no distingo un columpio o una resbaladilla. Tras una cerca, sin embargo, en una llanta tirada en el suelo, hay sentado un niño descalzo.

Me tardo más en ponerlo en palabras ahora que entonces en rebasar la imagen.

El niño no puede saber que esa llanta es casi un columpio. Que para que lo sea sólo hace falta una cuerda que la haga pender de la rama de algún árbol. Y hace falta también alguien que lo sepa. Un adulto que se detenga y mire al niño, la llanta y la rama, y piense en un columpio.

El niño está sentado en la llanta y del otro lado de la barda pasa la gente por el camino de polvo.

No es posible adivinar hace cuanto el niño está sentado allí mientras nadie se detiene y se da tiempo y siente el ánimo para pensar en un columpio.

Hay un momento de felicidad destrozado en tres partes, en mi memoria como si fuera para siempre: un niño, una llanta, una rama.

Me tardo más en ponerlo en palabras que entonces en rebasar la imagen. Me tardo más en afligirme repensando aquello que lo que hubiera tomado en armar el columpio. Pero éste es el desperdicio que acompaña al dolor, a la culpa.

El niño está sentado en la llanta, quieto. La tierra del patio es blanca, bajo el sol de la mañana.

Del otro lado de la barda pasan personas: árabes, soldados israelíes, más árabes. Del otro lado de la barda pasa nuestro autobús a sesenta kilómetros por hora. El niño no lo ve pasar. El niño está sentado en la llanta, mirándose las rodillas.

* * *

Lámparas forradas de papel rojo. La penumbra rojiza disfraza un poco las mesas burdas de madera, la pared descarapelada, el piso de linóleo. De la rockola sale un rock en inglés, denso y metálico.

Warren y Jack pican de los platitos de entremeses mientras hablamos.

Me río de cuanto dice Warren. Es una persona de las más agudas que me ha tocado conocer. Siempre buscando el filo ridículo de las cosas.

— Soy un *goy* sionista —. Un espécimen exótico. Además, *gay*: a *gay* *goy* *guy*. A *shabes goy in Israel*. Como ser negro en Japón. O un flamenco entre pelícanos.

Se pasa el único mechón largo de su cabello rubio tras la oreja y luego baja la mano a la mesa, con la elegancia con que un flamenco deposita su patita en el suelo.

— Y ¿por qué vivo aquí? — se pregunta a sí mismo —. Para empezar, porque los israelíes son admirables. ¿Estás de acuerdo?

— Estoy de acuerdo — digo.

— Admirables. Mira por ejemplo a Jack. Qué cejas. Qué labios. Qué ojos. Como dibujados en tinta china. Por Modigliani. O

Impresiones del primer viaje a Israel

Donatello. Antes del ejército, todos son Davides de Donatello. Después del ejército, Davides de Miguel Angel.

— ¿Nada más por eso son admirables?

— No. Además porque tienen pelotas. Lo digo con todo lo que implica. Están vivos de los pies a la cabeza. Tienen que estarlo para no morir. O para morir sabiendo por qué se mueren. La guerra, ya se sabe, es una porquería. Pero la guerra es mejor que la porquería del confort. La banalidad del confort norteamericano mata más almas al año que todas las bombas que caen en Israel en el mismo lapso. Por eso, te digo, vivo aquí. Aquí cada minuto es verdad.

Sigue hablando sobre la vitalidad de los israelíes. La ruda franqueza local. La admiración que le causan los congresistas que gritan con el rostro congestionado sus convicciones. Las sesiones del *Kneset*, con su vocerío estridente y su retórica histórica, le han regresado la fe en la democracia. Si la democracia resiste tal espontaneidad individualista, resiste cualquier peligro. Y sí, en cualquier lugar uno se topa con el individualismo.

— Yo no sabía lo que era un judío hasta que llegué a la tierra de los judíos. Aquí los tienes de todos colores, de todas las razas, con todas las posibles autodefiniciones. Tengo amigos cuya definición de lo que es un judío es tan amplia que yo, sólo gracias a la terquedad, he salvado mi *goyskai*.

* * *

Dice Luria, el cabalista, que la Torá tiene seiscientos mil posibles lecturas o interpretaciones, que corresponden al número

de judíos presentes en el Monte Sinaí. Y cada interpretación es un acceso a la última revelación.

En esta plazuela de Jerusalem, un martes por la mañana, mientras de la avenida vecina llegan y pasan de prisa personas, pienso: como si la **Torá** fuera un diamante de seiscientos mil caras, la cristalización de la luz divina en un diamante en seiscientos mil caras.

Y las caras del diamante se me funden con las caras de los transeúntes.

Diría: son rostros judíos, si no supiera que al decirlo no describo nada, porque no existe una raza judía, una fisonomía hebrea. Si existió en tiempos bíblicos, la dispersión por el mundo durante siglos ha borrado esos rasgos.

Pasan rostros morenos, blancos, negroides, asiáticos; despedidos o con las marcas que deja la excesiva penuria; tersos en su juventud, labrados por el tiempo; amables, ásperos, rientes, amargos; maquillados o no, barbados según requiere la ortodoxia, rasurados; a la altura de las cinturas pasa el rostro de una enana a quien nadie, para la felicidad de ella, le presta especial atención; pasan tres rostros de niños, sonrosados, y luego los rostros negros de una compañía de soldados de origen etíope.

Seiscientos mil caras tiene el diamante de la *Torá* y cada una es un acceso distinto al esplendor del *Ein-Sof*.

Pasan, siguen pasando los transeúntes, las razas del mundo: pasa el mundo por esta plazuela de Jerusalem; llegan y pasan y no cesan de llegar los rostros, los distintos rostros del Ser sin rostro, *Ein-Sof*. ◆